

de esta obra en *Instantes*. Al recoger sus impresiones de momentos madrileños, no ejercita siempre la misma transigencia y aplomo con que había retratado a personas vivas, pero no por eso cae en el exabrupto ni en la arbitrariedad del autor de *Juventud y egolatría* con quien se ha llegado a compararle. Salaverría no rinde culto inconcuso a las figuras e instituciones consagradas por la celebridad. No pertenece a ninguna de las constelaciones conocidas del firmamento literario madrileño. Su vagar por las tertulias de la capital, por las peñas de escritores que radican en los cafés y que él describe en uno de sus instantes, no es la peregrinación admirativa del prosélito. Sus observaciones no están hechas al calor del entusiasmo ni se presentan desvirtuadas por las artificiosas reservas que impone la convivencia entre autores o por las prevenciones interesadas del *do ut des* en lo que toca al mutuo elogio y al recíproco disimulo. No es extraño, pues, que lo que aparece con la frescura de la sinceridad a muchos lectores alejados de las corrientes de simpatía que afluyen a los cenáculos madrileños, despierte indignaciones y motive agrios comentarios entre quienes se sientan heridos en sus afinidades literarias.

J. M. ARCE

HUNTER COLLEGE

RENÉE MÉNDEZ CAPOTE DE SOLÍS. *Oratoria cubana*. La Habana, Editorial Hermes, 1927.

He aquí un libro del que no debe prescindir quien desee conocer el pensamiento cubano en la fase más aguda de su vida: la que se desenvuelve entre 1868, albores de una revolución, y 1927, afanosa busca de un ideal nacional de perspectivas dilatadas. El libro de ensayos de la señora Méndez Capote, a más de revelar un vigoroso temperamento de escritora, acusa en forma elevada una honda y exquisita feminidad en quien lo ha escrito; y esas dos modalidades aunadas—intensa y robusta vibración de estilo, y delicadeza constante, ternura, al tratar a los personajes—prestan al libro un gran encanto. No puede decirse que el tono sea siempre ditirámico; lo que sí puede afirmarse es que no hay observación, juicio adverso, al que no acompañe un gesto humano que suavice la tonalidad, de suyo mesurada, de la crítica. Las figuras preeminentes de la oratoria política, los conferencistas, los oradores sagrados y forenses, van desfilando ante el lector, y como en la parábola del Evangelio, en todos ellos sabe hallar la culta y noble escritora el grano de mostaza, el elemento positivo que sazona las almas. Nos hallamos evidentemente ante la figura de una escritora de sensibilidad para los problemas de la vida civil y que está llamada a destacarse, de persistir en el estudio, en la literatura hispana.

F. DE LOS RÍOS

UNIVERSIDAD DE GRANADA